

ULTIMA MIRADA

Un pequeño tirón sacude al mundo, y los músculos se contraen en un acto reflejo de defensa. Ella le sonríe y trata de llegar hasta sus manos. Él advierte la sonrisa, la rastrea fugazmente y mira hacia la ventanilla del otro lado del pasillo. Las farolas del andén comienzan a quedar atrás, lentamente aún, y el calor envolvente de la calefacción despidió un olor denso a plástico recalentado. Pronto pasarán junto a la espiga del andén, por última vez juntos, la última por siempre para ella. Los dos han girado la cabeza buscando los muros blancos del sol, la rampa que se interna bajo tierra y cruza las vías, los postes de señalización que guardan la frontera entre la zona de andenes y el mar de carriles que zigzaguean mostrando sus resplandores lomos. Ella señala por la ventanilla y le mira con felicidad retenida por pequeños coágulos de nostalgia. Fabián asiente y finge felicidad, pero esa espiga donde un día se sentaron a ver el mundo, y donde andando el tiempo se besarían, ahora empieza a robarle el aire. Traquetea el Regional buscando el camino dentro del laberinto, y el sol cruza por primera vez los asientos al pasar frente a los abandonados edificios ferroviarios. Él mira las tapias y, sin querer recuerda las de los cementerios, y luego busca entre los solares yermos, las casas del viejo barrio donde nació su madre. Aún puede verse con el gorro de lana blanca, de bola blanca, cruzando los brillos nocturnos de esas mismas vías de su mano, niño aún. Juega a ser el feliz infante de esa noche hundida en la historia, a buscar el Regional que cruzará, una mañana del futuro, las soleadas tapias que ocultan esa misma infancia, ya derruida. Luego se encuentra con la sombra de sus ojos mirándole desde el cristal, y busca los de la mujer, siempre pendientes de su gesto, de su felicidad, y acude como una tsumani el texto garrapateado por el Dr. Zapatero. Entonces la mirada se escapa al suelo de goma y tropieza con los zapatos de ella, tafilete negro y medio tacón, regalo de Fabián por su último cumpleaños, y las medias blancas, y la falda estrecha sobre la que reposan sus manos trenzadas en un desmayo.

Alguien mira mecánicamente al reloj, ajustada su vida y sus modales al monótono periplo. El sol calienta el paisaje de diciembre, casas apretadas que escapan de la urbe conformando arrabales, y traperías, y corralones de chatarra intercomunicados por senderillos de tierra y lodazales.

No era el mejor tren, ni el más rápido, pero el Regional conservaba aún parte del encanto de los viejos trenes; no tenía necesidad de establecer nuevas marcas de tiempo, ni de ser asistido por azafatas que pasearan su invariable sonrisa sintética por el pasillo. El Regional era para la gente más llana, los jubilados, los adolescentes y todo aquel que no tuviera a mal detenerse en estaciones de medio pelo. Había elegido ese tren porque estaba más cerca de

los viajes conservados en su memoria, volcados sus ojos en la pantalla del paisaje en lugar de hacerlo en la adosada al techo, sintiendo la vecindad de los otros viajeros en vez de la orfandad a que dan derecho los auriculares o el cerril empeño de diálogo con maletines y ordenadores portátiles. Ese tren no volaba por los campos, y se detenía en pueblecillos de poca monta, permitiendo que la mente no zozobrara en urgencias crónicas.

De vez en cuando sus ojos abandonan el cristal y buscan acomodo en los otros viajeros. Podría ser uno de ellos: el abuelo de la bufanda de lana, o el niño que sentado sobre sus piernas mira todo con serena curiosidad mientras mordisquea un bollo. ¿Quién podía asegurar que es él y no aquel joven resuelto que canturrea perdido en el paisaje del otro lado del tren? Espacios, almas, pensamientos; qué fácil ser cualquiera, y qué imposible escapar del propio cuerpo.

Han dado las nueve en los relojes de la Historia, en todo el mundo la misma hora para ese tren y ese hombre que se debate entre la sonrisa y la desesperación mientras mira las primeras manifestaciones rocosas de la sierra.

A veces es difícil zafarse de los ojos de ella, y Fabián intuye que ella intuye, y tiene que respirar profundamente, llenar los pulmones hasta el límite, disimular la angustia de varias bocanadas, apretar los puños y los dientes.

Ella se sienta junto a él y se deja abrazar. Mejor así: amar es mirar juntos en la misma dirección. ¿Y en qué dirección miran los muertos? Porque Fabián no puede dejar de verla como un muerto, un recuerdo vivo que le llena de dolor. Los movimientos y la mirada, la voz y el perfume, el esmalte de las uñas... Todo es recuerdo y llanto contenido a duras penas. Ya no hay distancias para ella, ni siquiera camino, ni ayer ni mañana.

Pasa una hoz pintada en el paisaje, y en su angostura un río serpentea con el brío de los años mozos, y encienden un cigarrillo mientras él calcula sin querer cuántos quedan para el final. Pagaría media vida por fugarse con ella y un pitillo en una de las paradas del tren, por saltar al tibio sol decembrino que tinta los andenes, cruzar los buches negros de las salas de viajeros y escapar al campo, a los caminos, a la existencia sin diagnósticos ni protocolos... Media vida para vivir la otra mitad junto a ella, pero ya no hay tiempo para negociar mercaderías.

La casualidad cruza los ojos de Fabián con los del niño del otro lado del pasillo, mirándole desde la orilla de la vida sin saberlo, con sueños pendientes de ser nombrados, con miedos vaporosos que se ahogan fácilmente; el pequeño piensa de modo impreciso en la vejez de los mayores, un mundo que no entiende, y se ve atrapado por la mirada de Fabián, sin poder escapar a la

sonrisa vertebral entre la ternura y la resignación que éste se esfuerza en regalarle.

Hubo un día en que Fabián también fue niño, con muchas mañanas de tren y sol de invierno, de estaciones con botijos y cantina de olor dulce, de bollos acercándose a la ventanilla, de campanadas sin eco y viejos a los que mirar sin comprender la dimensión de sus arrugas. Hoy podría ser una de esas mañanas, pero es el futuro doloroso no previsto, el final de la escasa felicidad adulta, el mes de diciembre cabalgando el furgón de cola.

Sacó los billetes hace dos días, y estuvo paseando por los andenes sombríos a los que nunca llega el sol entretenido en las vidrieras altas de la gran marquesina. Compró una cajetilla de tabaco, porque ya le daba igual romper las abstenciones; no necesitaba el ancla de los pulmones para que le retuvieran amarrado a la vida. Casi mejor ir zarpando entre una y otra dosis de nicotina y alquitranes, y aún le sobraría demasiada vida para cuando todo terminara de ajustarse dentro del esperpéntico orden del destino. Le había costado mucho abandonar la vivienda con ella del brazo, y aún recordaba sus pasos cortos y la absurda esperanza reflejada en el brillo forzado de sus ojos. Cruzaron la ciudad en taxi, y Fabián miraba los anuncios, las tiendas, los nombres de las calles por las que nunca más pasarían juntos, y ella le miraba y le palmeaba la mano escondida entre las suyas para que compartiera su ingenua esperanza, pero Fabián apenas tenía fuerzas para apuntalar su ánima vencida, más pesada que nunca. Disparó los ojos hacia los transeúntes que entre risas huían de su dolor, y para espantar los sentidos rescató la mano y señaló los aleros engalanados de Navidad. La inquisidora mirada del taxista le buscó en el azogue, y luego tuvo miedo de la vecindad de la tragedia, borrando en un parpadeo la imagen y perdiéndose en el grisáceo asfalto de una Navidad alejada de la de sus clientes.

Ahora, quemados por la calefacción del Regional, surgen amarilleados los sueños adolescentes, los muros levantados a golpe de ilusión, la locura que poco a poco se fue recluyendo en codificadas extravagancias, únicos solares donde aún podían acogerse a sagrado. Y todo se quemaba y olía a letras habladas y sueños escritos y jamás pronunciados, a besos frescos de labios de mujer, abrazos y lágrimas de alcohol, y corazón apátrida hasta que la conoció, y pulmones bohemios cosidos en Valdelatas.

Tomar la decisión había sido muy difícil, hablar con los cirujanos de Barcelona y conseguir un hueco en el quirófano donde ella iría perdiendo la cordura al paso de la anestesia. Le habían hecho firmar el consentimiento para la intervención que la enfrentaba a un ínfimo porcentaje de supervivencia en el quirófano. Todos sabían cuán distintos de envergadura eran ambos ejércitos, y quién se alzaría con la victoria, pero no acudir al campo de batalla era admitir la

derrota y morir subyugada por el oxígeno, los inhaladores y, finalmente, la morfina. Nadie confiaba en esa buena estrella que habría de guiarla en su tránsito por el sendero que cruzaban los favorecidos por el escaso porcentaje clínico, pero era la única esperanza; si no entraba al quirófano en esa semana, probablemente no llegaría a la primavera, ni siquiera a su cumpleaños. Él había camuflado la verdad: “*se curan en salud, no arriesgan nada. En realidad hay un margen considerable aunque no sea para lanzar las campanas al vuelo*”. No quería enfrentarse a la mirada de quien se despide de la vida, y que esos ojos le persiguieran por toda la eternidad. Era un cobarde y un traidor a la sinceridad que un día juró, pero Dios sabía que la amaba y no podía verla sufrir. Gracias a ello una pequeña porción de esperanza aleteaba aún en sus esmeraldas marinas.

Avanzan por las últimas horas después de tantos años, ¡y al cabo de 24 un quirófano de batas verdes se la habrá tragado! Su voz cálida y dulce, su olor a “Manhattan”, su presencia; todo está a punto de desvanecerse para siempre, de cruzar la frontera y desaparecer. Sus pulmones, delicados desde la infancia, han soportado el humo de muchos cigarrillos, y luego vino esa pequeña molestia, el dolor del costado, las radiografías, la sospecha.

Hay nieve en las cumbres más altas de la sierra, blanca y virgen, distante y de paso lento frente al cristal. Fabián disimula fingiendo interés por las montañas, porque teme derrumbarse ahora y echarlo todo a perder. Sabe que la serenidad facilitará el adiós, la última mirada, el último roce de las manos. Sus ojos tendrán tiempo de desbordarse luego, en el viaje de vuelta, de golpear el cristal con los puños y ahogar pequeños aullidos entre las manos; ahora mejor mirar la nieve en las montañas, asomarse al exterior, porque el peligro estaba de este lado de la ventanilla. No hace mucho viajaban también en tren. Eran las vacaciones de verano, sin grandes aspavientos, pero ahora celosas guardianas de una felicidad tatuada en fotografías y recuerdos. Entonces la ideación y los sentimientos se manifestaban prudentes en el interior de la historia de cada uno, y él sabe que había motivos para que saltaran negligentemente, para que brillaran con el fulgor que ahora se había dado cuenta que tenían. La vecindad de la muerte acentúa los valores de la vida, pero eso no lo ha descubierto en este tren para el que la esperanza sólo lleva billete de ida; son sentimientos que se han ido incrustando en su alma con cada asalto de un destino ladrón que poco a poco ha ido robando frutos del árbol de pequeñas felicidades que plantó en la infancia. Y ahora que sólo tiene las ramas desnudas, que la única savia que corre por sus venas leñosas son los ojos de ella acariciándole en silencio, se pregunta por qué la vida es tan corta si no te da una segunda oportunidad.

Otra vez se encuentran las miradas, y piensa en sus ojos muertos para el cumpleaños, en el lugar oscuro en el que morarán sus restos, en la ausencia

que él llevará inoculada, en el devastador último encuentro de sus caras, de los labios, en el adiós omitido para fortalecer la esperanza, en la mueca de dolor triturándole las tripas con un “todo saldrá bien, cariño”.

Un grupo de soldados entra a saco en su dolor, como si fuera una patrulla de los tercios de Flandes arrasando al enemigo del Imperio, y recuerda otro tren, el de regreso a casa desde tierras andaluzas; ella esperaba en el andén, las manos cruzadas por detrás, los pies besándose sobre la misma baldosa, y una lágrima bailando en los alféizares de sus ojos remarcados de negro. También era Navidad, y la estación había sido engalanada de modo austero y para salir del paso, pero la magia no estaba aquella tarde en el inquilinato de las bombillas de colores sino en el encuentro de los cuerpos lanzados a la carrera, la licencia militar volando en la mano, el abrazo intenso que quería decir “juntos para siempre”.

La caterva cruza hasta el vagón siguiente arrastrando tras de sí un viento huracanado de voces, risas, empujones y aparatosos golpes con que celebran su juventud. El abuelo de la bufanda aprieta a su nieto contra sí, mira hacia la puerta recién cerrada y posa los ojos en el suelo. Tal vez recuerda que un día también fue un corcel lleno de bríos, y que vendió caro su pellejo en el frente de Teruel. Sacude las migajas del bollo para eludir la nostalgia, y sus labios rozan en un beso el pelo del pequeño. El Regional se interna en uno de los últimos túneles de la sierra y la oscuridad repentina hechiza la zona infantil del alma de todos los viajeros. Luego comienzan a dibujarse las siluetas al amparo de la mortecina luz de servicio que emerge lentamente de las tinieblas.

La imagen del quirófano alicatado de verde se ha vuelto a dibujar en sus pensamientos, y ahora la penumbra es buena aliada para cerrar los ojos y dar rienda suelta a la mueca del dolor. La mano de ella le alcanza la rodilla para decirle que sigue ahí, “siempre juntos”, y a Fabián esas caricias le hacen daño porque tiene el sentimiento en carne viva, y duelen los dedos que ya le tocan muertos, el nudo en la garganta, la intensidad crítica de vivir todo por última vez. No puede evitar que ella sea una sensación de viaje rápido hacia el recuerdo; el contacto duele, hiere como un afilado cuchillo que va trazando la fina cisura que separa sus mundos. Esa mano ya no existe, aunque mañana afronte la despedida, ya de lejos agitándose por el pasillo del hospital... y el tren sale a la luz, y el sol produce guiñoteos en los ojos derrumbados por la falsa noche.

Cruzan barrancos sobre ingenios metálicos, hoces descarnadas, y, finalmente, el tren termina encajonándose, lamiendo las quebradas que rompen la pose natural del paisaje, y Fabián, yendo al encuentro de sus primeros viajes en tren, localiza en el cristal los ojos cerrados de su padre, vestido de boda, engalanado para otro viaje: el último y más largo. También era ferroviario, y de

su mano aprendió a congelar el tiempo en las estaciones, a sentir el orgullo de las grandes locomotoras que se detenían majestuosamente a un palmo de los topes, a multiplicar los golpes de la campana por mil o dos mil, a ver partir y ver llegar, a amar el olor de la carbonilla y del aceite pesado. Su gesto se dulcifica al recordar aquellos trenes de la infancia, los mejores. Fabián quería verlo todo a través de la ventana sobre los campos, pero siempre había manos caritativas que juzgando de aburrimiento la laxitud frente al cristal, terminaban ofreciéndole un par de tebeos, y él los tomaba, porque su padre le había educado para la cortesía.

Ella deja caer la cabeza sobre su hombro, y también recuerda un tren de hace muchos años, un Talgo camas que se deslizaba en la noche buscando París con dos recién casados prendidos de manos y labios. Fabián tenía edad aún para comerse el mundo, y juró ponerle la Luna a sus pies, y entre sueño y sueño el satélite blanco cruzaba el cielo y daba un baño de azul metálico a los campos, y el tren buscaba la frontera atravesando lagos de mercurio y arboledas ennegrecidas con tinta china. Luego vendría Barcelona, Almería, Venecia, la primera criatura, el ascenso en la oficina. Más tarde La Coruña Casablanca, Murcia, los andenes de Cambrigde y la despedida de la niña que, lanzando besos desde el andén, afincaba su extranjería tan lejos de casa.

Todo forma parte del pasado, todo archivado en legajos de memoria que amarillea de tiempo pese a estar ahí mismo, a un paso de ese tren que consume los últimos kilómetros de recorrido por una historia que se quedará coja por unas malditas células atípicas. La vida se ha consumido con la urgencia de un fósforo incendiado, y ese Regional les arrastra hacia las puertas de salida. Fabián siente un miedo repentino; un reflejo de espanto se camufla en la aparente serenidad de la mirada, y al ser tragado por un nuevo túnel palpa la frialdad de los ojos del pánico, pero antes de que se le coagule la sangre regresa a la luz. El espanto ha humedecido su piel y ha obligado a trabajar a destajo al corazón por unos segundos, pero era una falsa alarma, y finge una sonrisa; habría que luchar por ese porcentaje mínimo de éxito en el quirófano.

Ella mantiene la cabeza apoyada sobre su hombro, como si estuviera dormida, pero él sabe que no, que a veces el aleteo de los cílios de sus ojos acarician su barba canosa. Debía haberse entregado más, decirle muchas más veces “te quiero”, hacer de la pasión el motor de sus vidas, pero había sido cobarde para perseguir sus propios sueños; siempre detrás del cristal para ver pasar la vida, para poder soñar sin arriesgarse a vivir, para que el futuro siempre fuera futuro y no un presente apaleado. Pero esa utopía siempre pendiente de conquistar, nacida en el mismo crisol donde guerreaba el Capitán Trueno, descubría encerronas Gary Cooper o cumplía su misión Miguel Strogoff, se había quebrado ahora con el impacto de una piedra certera, un

diagnóstico que acotaba el mundo y metía en cintura los sempiternos sueños infantiles. Había pocas esperanzas para ella; prácticamente iba a entregarse a la muerte en Barcelona, y Fabián se sentía culpable por su pecado de omisión; ¿pero acaso había otra alternativa?

Los soldados cruzan el fuelle entre los coches, ahora en sentido inverso, sin haber abandonado los picos febriles de su juventud, y se empujan, y gritan, y se cagan en Dios con acento cántabro, dejando tras un portazo de goma, la soledad aislada, flotando entre Fabián y ella, entre el viejo, el niño y el bollo, entre miradas, cristal y ausencias. Cinco minutos después el humo de otros dos cigarrillos se eleva en volutas parsimoniosas, o es lanzado violentamente por labios cansados de modular formas, besos y palabras. Ese humo ya no puede matarla, y bien que serena la ansiedad del pecho, y simula vida entre los vivos, e inicia la comunicación con ese entorno de seres y enseres que ahora sí están al otro lado del cristal.

Es inevitable la separación de los espacios una vez situado en ese punto sin retorno, y aunque el Regional arrastra todos los destinos por la misma vía, el suyo viaja en un recipiente hermético de dimensiones agónicamente reducidas. En ese tren que cruza un día más la mañana, en ese aire respirado por los jóvenes del tercio de Flandes que no terminan de encontrar acomodo, en ese espacio interno anegado de humo de cigarrillos, olor a bollo y ancianidad de abuelo, está inscrita su tragedia, palpitando con pavor dentro de los límites ajustados por el miedo.

Fabián empieza a tararear una cancioncilla, al principio con los ojos pegados al cristal, barridos por una imparable secuencia de imágenes que van limpiando sus lágrimas. Luego se vuelve hacia ella, lleva los ojos a los suyos, la acaricia suavemente la cara y mira sus labios elevando el tono, pidiéndoles que hablen esa melodía que un día les unió y aún les mantiene presos, que canten mientras expulsan el humo de los pulmones rotos por un maldito carcinoma. Quiere que tarareen su canción, que escupan humo y reto, que sonrían y lloren de rabia y de coraje. Quiere que se aprieten sus cuerpos contra sí y contra al asiento, contra el tren y el destino, contra Dios y el Universo. Quiere sentir por primera vez la vida a través de la muerte, extasiarse con el infinito dolor de la partida, anestesiarse antes de que llegue la que será la última mirada.

El tren intenta sacudirse el retraso acumulado en la subida de la sierra, y enfila veloz las rampas hacia la meseta. El aire zumba por las rendijas de la ventana, y los cordelitos de un anorak, cautivo en la bandeja, va y viene trazando círculos nerviosos e indecisos entre las nubes del humo, y ella deja de cantar para dar una nueva chupada al cigarrillo, instantes que él aprovecha para volverse contra el cristal y limpiar los ojos desbordados, y el Regional silba

estrepitosamente, y el humo se mezcla con el llanto que recorre la barriada de las tripas, y el bollo eterno del niño gravita en el otro espacio, y un último túnel se ha tragado nuevamente la luz.

Fabián se levanta y sale al pasillo tras rozarle los labios en un beso urgente. Otro súbito terror ha paralizado sus sentidos, y el instinto de supervivencia, irónicamente, le lanza a cruzar los fuelles buscando el vestíbulo.

Antes de que las lamparillas devuelvan los contornos a la vida, suena un portazo seco y opaco seguido de un alarido desgarrador que huye por la negrura del túnel, y ella se vuelve hacia el pasillo, el corazón saltando en un presagio, y el tren sigue lanzando dentelladas a la oscuridad mientras emergen las siluetas como tumbas de un cementerio abandonado.

A las 13'53, nada más abandonar el corredor subterráneo, los del tercio de Flandes tiran de la empuñadura y hacen chirriar los metales contra la vía, impávidos, huidas sus fuerzas y sus gritos, convertidos sus desafueros juveniles en solares vacíos y silenciosos.

-“Un hombre ha saltado a la vía”- masculla uno de ellos justificando la acción sobre la palanca de emergencia, blanco y con todas las vísceras enlentecidas.

El niño se restriega los dedos para hacer desaparecer el azúcar del bollo, y el anciano esconde la cabeza contra la nuca de su nieto. La mujer de la ventanilla, con los ojos arrasados, mira hacia la nada del asiento de enfrente, tarareando una canción, perdida en sus notas, manoseando un pañuelo y acariciando los botones de la cazadora de ese hombre que ahora, seguro, anda mirándola desde el otro lado de la ventanilla.